

**DILEMAS DE LA  
MATERNIDAD EN LA  
ACTUALIDAD:  
ANTIGUOS Y NUEVOS  
MANDATOS EN MUJERES  
PROFESIONALES  
DE LA CIUDAD DE  
BUENOS AIRES**

***Eugenia Zicavo***

## Resumen

El artículo examina los vínculos entre maternidad y trabajo en mujeres profesionales de los sectores socioeconómicos medios de la Ciudad de Buenos Aires. Algunos ejes de análisis son: el papel que juega la maternidad en sus proyectos de vida y el modo en que combinan la crianza de sus hijos con sus actividades profesionales; el concepto de “trabajo afectivo” o “trabajo inmaterial” vinculado al ejercicio materno; los mandatos y representaciones culturales a partir de los cuales construyen hoy el imaginario de la maternidad (cuáles siguen vigentes de generaciones anteriores y cuáles son los nuevos mandatos) y cómo éstos impactan en la tradicional división sexual del trabajo y en la construcción de sus trayectorias vitales.

*Palabras clave:* maternidad, trabajo, mandatos culturales, mujeres profesionales, clase media.

## Abstract

The article examines the links between motherhood and work among professional women in middle socio economic sectors of the City of Buenos Aires. Some lines of analysis are: the role of motherhood in their life plans and how they combine parenting with their professional activities; the concept of “affective labor” or “immaterial labor” linked to maternal exercise; the mandates and cultural representations from which they build the imagery of motherhood today (which remain valid for previous generations and what are the new terms) and how these impact on the traditional sexual division of labor and in their life paths.

*Key words:* motherhood, work, cultural mandates, professional women, middle class.

RECEPCIÓN: 19 DE JUNIO DE 2012 / ACEPTACIÓN: 17 DE DICIEMBRE DE 2012

**Los códigos** y representaciones que orientan los comportamientos de las mujeres, sus expectativas y deseos, expresan la internalización de la cultura de su tiempo y sector social y suponen ciertas disposiciones, valoraciones y percepciones en lo que respecta a los modos de significar la maternidad. En un contexto de cambio cultural acelerado donde se aprecian profundas modificaciones en periodos breves, el modelo materno de las generaciones anteriores se ha escindido en un sinnúmero de variantes. Especialmente en los sectores medios, donde la vida profesional de las mujeres le fue ganando terreno al ámbito de lo doméstico, la maternidad se ha resignificado; ya no se trata de la única vía posible de realización para las mujeres sino de una opción entre otras.

En el presente artículo nos interesa indagar los vínculos entre la maternidad y el trabajo (asalariado, no remunerado, de tipo afectivo) en mujeres profesionales pertenecientes a los sectores socioeconómicos medios de la Ciudad de Buenos Aires, así como el papel que juega la maternidad en sus proyectos de vida y el modo en que combinan la crianza de sus hijos con sus actividades profesionales, examinando a partir de qué relatos, mandatos y representaciones culturales construyen hoy el imaginario de la maternidad.

Los avances aquí presentados forman parte de una investigación de carácter cualitativo más amplio, en el cual, además de una revisión de la bibliografía sobre el tema y del análisis de datos secundarios, se realizaron grupos focales

reducidos y entrevistas en profundidad, con entrevistas abiertas y semiestructuradas, a mujeres profesionales con y sin hijos (algunas de las cuales fueron entrevistadas durante y después de sus embarazos), residentes en la Ciudad de Buenos Aires, pertenecientes a los sectores medios, entre 26 y 44 años. Algunos de los testimonios recabados en dicho trabajo de campo han sido incluidos en el presente artículo, a fin de dar cuenta, en sus propias palabras, de la perspectiva de los actores. El contacto con las entrevistadas se llevó a cabo mediante el método de “bola de nieve”, y se realizaron entrevistas abiertas y semiestructuradas, a partir de un cuestionario guía. El criterio de selección referido a la pertenencia de clase se basó en la propia inscripción de las entrevistadas como integrantes de la clase media y en la identificación de situaciones socioeconómicas relativamente homogéneas, que a su vez dan lugar a “estilos de vida” afines. Las mujeres profesionales entrevistadas han completado sus estudios secundarios y la mayoría ha cursado estudios terciarios o universitarios, lo cual permite inferir ciertos recursos culturales y educativos similares. Si bien las condiciones macrosociales no determinan directa ni mecánicamente sus trayectorias vitales, resultan útiles como marco general de probabilidades. En términos de Bourdieu, las mujeres entrevistadas se hallan próximas dentro del espacio social y tienen un *habitus* semejante, que actúa como marco de referencia compartido (siempre en términos de probabilidades) dentro del cual circulan determinados significados culturales, creencias y valores relacionados con la maternidad, la familia, la pareja, el trabajo y las posibilidades de vida para las mujeres.

Cabe aclarar que esta investigación, de carácter exploratorio —en la que tratamos de desentrañar los códigos particulares que influyen en las prácticas de las mujeres respecto a la maternidad— sólo pretende formular hipótesis

descriptivas. No obstante, si bien las técnicas cualitativas de investigación empleadas no apuntan a lograr muestras representativas ni generalizaciones explicativas, sus conclusiones apuntan a ser *significativas* (Guber, 2004), es decir, relevantes para dar cuenta de determinadas relaciones dentro de un sistema social.

### **¿De qué hablamos cuando hablamos de trabajo afectivo?**

Las tareas asociadas con el ejercicio de la maternidad, mediante las cuales las mujeres asumen diversas funciones de cuidado no reconocidas en tanto trabajo, son unos de los pocos elementos universales de la división sexual del trabajo, que a su vez se relacionan con la noción de “trabajo afectivo” (Hardt y Negri, 2004), como una cara del trabajo inmaterial —que se agrega a tareas concretas e ineludibles— y que juega un papel importante en la reproducción del capital. “Las tareas domésticas implican actividades maternales repetitivas como lavar y cocinar, pero también una producción de afectos, de relaciones, y de formas de comunicación entre los niños, en la familia y en la comunidad. El trabajo afectivo es producción biopolítica por cuanto produce directamente relaciones

<sup>1</sup> Entre los intentos de cuantificar el valor producido en el ámbito del trabajo doméstico, desde un enfoque preminentemente feminista ha habido una gran cantidad de estimaciones, coincidentes o no en su metodología, que se proponen fundamentalmente medir directa o indirectamente la masa de valor producido.

sociales y formas de vida” (*ibid.*: 139). Sin embargo el concepto de trabajo afectivo o trabajo inmaterial no debería —por la introducción del adjetivo— soslayar su carácter sustantivo: se trata de trabajo en cualquier caso.<sup>1</sup> Fue gracias al cuestionamiento de diversas autoras y de los debates al interior de las distintas corrientes del feminismo, con sus aportes a las

ciencias sociales y económicas (y en particular a los debates que se dieron con —e inspirados en— la teoría marxista) que las “tareas del hogar” se fueron

conceptualizado en tanto trabajo. Un tipo de trabajo que se desarrolla en el ámbito privado, que hasta entonces permanecía ideológicamente invisibilizado, que involucra afectos e implica la realización de tareas indispensables para la reproducción social, también vinculadas al cuidado de la salud, la educación, y que son realizadas mayoritariamente por mujeres.

El capitalismo expresa su inconsistencia para reproducir dentro de su espacio socioeconómico al sujeto creador de plusvalor. Al menos hasta la actualidad, este sistema ha demostrado no ser capaz de garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo sin la mediación del trabajo realizado al interior de la unidad familiar. De allí que el capitalismo encuentre en la producción doméstica su auxiliar fundamental. La producción doméstica se encontraría en una fase intermedia pero decisiva entre la producción mercantil y el consumo privado. Además, la unidad familiar constituye una de las principales reservas del modo de producción capitalista: el ámbito de lo doméstico aparece como el receptáculo natural del ejército de reserva de mano de obra a nivel cotidiano e histórico y como salida potencial de las nuevas producciones capitalistas: electrodomésticos, comidas semipreparadas, etc., pero primordialmente, por su modalidad de reproducción biológica e ideológica de la “mercancía” fuerza de trabajo, que permite disminuir su valor y una mayor cooptación de excedente a nivel general. El trabajo necesario toma parte directamente en las relaciones de producción capitalistas. El trabajo doméstico, por el contrario, se realiza en la periferia de estas relaciones, aunque subordinado a las mismas; se ejecuta dentro del ámbito familiar, convirtiendo a la familia en unidad económica de la sociedad en tanto asegura la reproducción de la fuerza de trabajo. Cafassi (1991) define ese ámbito privado como un tipo específico de relaciones sociales de producción a las que denomina “relaciones

domésticas de reproducción". Dadas las peculiaridades de la estructura de propiedad y de división técnica del proceso de trabajo, entabla relaciones de articulación con el modo de producción dominante. El nexo entre estos dos espacios socioeconómicos, debido a la incapacidad del capitalismo ya señalada, tiene su fundamento en lo que el autor llama la "incompletud sustractiva" de las mercancías: "el valor de uso, soporte material del valor que hemos denominado sustrato de valor, resulta, en buena parte de los casos vinculados a la reproducción cotidiana, directamente incompleto para satisfacer necesidades humanas en forma inmediata. Para tal fin requiere la añadidura de nuevo trabajo. Esto que, a falta de mejor nombre denominaremos en adelante "incompletud sustractiva", constituye la razón última de la existencia del trabajo doméstico. Este concepto se vincula con el carácter inacabado del valor de uso de las mercancías adquiridas en condiciones mercantiles. (...) Si trazamos un paralelo con las categorías que en el análisis del proceso de trabajo realiza Marx en la sección tercera, los medios de subsistencia adquiridos en relaciones mercantiles conformarían entonces una suerte de materias primas del proceso productivo en la unidad familia" (*ibid.*: 43). Un ejemplo de ello son los alimentos, que en su mayoría necesitan un trabajo extra para ser consumidos: hay que asarlos, hervirlos, pelarlos, etc. Tampoco las camas se tienden solas, ni la ropa se lava, cuelga y plancha por sí misma. Y todas estas tareas, realizadas al interior del ámbito doméstico, son fundamentales para la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo.

Siguiendo con este paralelo, Cafassi advierte además que la realización de los servicios y procesos de transformación se lleva a cabo mediante la utilización de medios domésticos de producción (cocina, heladera, electrodomésticos en general, artículos de limpieza, mobiliario, etc.) y de materias

primas auxiliares (electricidad, gas, agua corriente, etc.). En la medida en que todos ellos son cambiados por salario, la ausencia o presencia de los mismos incide directamente sobre el modo en que se realizan las tareas domésticas.

Resulta importante aclarar que dentro de lo que denominamos medios de subsistencia se incluyen también los culturales, ideológicos, de ocio y esparcimiento, afectivos, que se encuentran relacionados con la reproducción total del individuo. Sin embargo, nuestra atención está enfocada en aquellas actividades asalariadas y, por lo tanto, del sistema que requieren un proceso de trabajo en el marco de estas “relaciones domésticas de reproducción”. La extensión de los medios de subsistencia a estos niveles nos permite dar cuenta del ámbito doméstico como aquel en el que se dirimen los conflictos superestructurales y estructurales de la sociedad en su conjunto; particularmente, estos niveles enfatizan el carácter singular del sustrato de valor de la fuerza de trabajo. Consideramos entonces al trabajo doméstico como la actividad privada al interior de la unidad familiar que transforma los bienes y servicios para el autoconsumo del grupo. Esta labor que crea valores de uso y cuyo objetivo particular es el consumo privado tiene una particularidad extra, la de realizarse en un marco del intercambio afectivo. Esta convivencia material junto a prácticas no económicas que, al mismo tiempo, encuadran al trabajo doméstico, lo conforman en las formas reificadas de conciencia como materialización del afecto. Por ello, es necesario diferenciar claramente la vida doméstica en general de la economía doméstica, es decir, del conjunto de relaciones sociales de producción y reproducción en que éste se inserta. En principio, se trata de unidades autárquicas de producción basadas en relaciones de índole afectivas, donde la producción de bienes y servicios se realiza dentro del ámbito privado y para el consumo privado. Los trabajos son

concretos, no homologables ni abstraíbles. No existe una separación entre el propietario de los medios de producción y el trabajador directo. La producción no se encuentra regida por la lógica de la competitividad capitalista, si bien es cierto que la competencia se proyecta hacia la mayor capacidad de cooptación del salario social.

Los ritmos y cadencias del trabajo doméstico no incluyen la organización de la jornada laboral continua, sino que se caracterizan por su discontinuidad. El proceso de trabajo no contempla la clásica separación capitalista entre manual e intelectual, ya que el proceso gerencial se corporiza en la figura del “ama de casa” quien, a su vez, realiza las tareas domésticas. Las “relaciones de reproducción” en las que la fuerza de trabajo se produce y reproduce se dan en el marco de un intercambio que no es exclusivamente económico, (aunque supone una cierta división del trabajo culturalmente determinada) sino fundamentalmente afectivo, lo que supone que el trabajo (mayoritariamente de la mujer) se percibe socialmente como la materialización del afecto. No es nuestro propósito negar las necesidades de amor, sexualidad, compañía, etc. que la vida doméstica también se propone satisfacer y que por supuesto no son reductibles en grado alguno a la noción de trabajo. Lo que cuestionamos es si necesariamente esta satisfacción está condicionada por el ámbito doméstico y, por lo tanto, si conlleva una división estructural del trabajo en su interior, o, dicho en otros términos, si esta satisfacción debe acompañarse necesariamente de un proceso de trabajo. En estas condiciones, el carácter

<sup>2</sup> En el sentido en que Marx define a todo aquel trabajo que no produce plusvalía. privado, concreto e improductivo<sup>2</sup> del trabajo doméstico realizado fuera del espacio del capitalismo, oculta la verdadera envergadura de la contribución de las relaciones domésticas de producción a la reproducción mercantil.

## **El sistema sexo/género y los aportes feministas en torno a la maternidad**

En 1986 Gayle Rubin propuso un instrumento teórico que, superando el sesgo de tipo biologicista-esencialista, permitiera reconstruir la sede de la opresión de las mujeres (así como otros aspectos de la personalidad de los individuos) al cual denominó “sistema sexo/género”:

un conjunto de disposiciones por medio del cual una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y satisface esas necesidades humanas transformadas (1986: 97).

Una de las esferas en donde es posible rastrear el impacto del imperativo genérico es precisamente en los mandatos sociales asociados a la maternidad, un proyecto privado en el que se juega todo un acervo de experiencias colectivas, a partir de las cuales se les asigna a las mujeres determinados roles sociales, justificados por su capacidad biológica para procrear. La maternidad es un terreno para explorar los modos en que se reproducen en distintas épocas las estructuras generizadas, por ejemplo, a través de aspectos como la desigual distribución de tareas, responsabilidades e incluso sentimientos socialmente esperables asociados a las tareas de crianza y cuidado de los hijos, así como la presunción de una sexualidad heterosexual para el conjunto de mujeres-madres. Existe un orden discursivo y un mandato social en torno al género para los cuales la maternidad tiene una importancia cardinal, ya que en ella pareciera darse una total correspondencia entre naturaleza y cultura: la maternidad como capacidad biológico-reproductiva y como rol social, se

presentan ideológicamente como indisociables. La construcción sociocultural de la maternidad y las prácticas asociadas a ella se comprenden dentro del marco discursivo del sistema sexo-género, en tanto las diferencias sexuales son significadas socialmente.

El feminismo ha generado históricamente distintas propuestas para analizar la maternidad y sus implicancias. Por un lado, el llamado feminismo de la “segunda ola”, que tuvo a Simone de Beauvoir como mentora, objetó la identificación de lo femenino con lo materno, ya que la maternidad resultaba una atadura en tanto idealización de un rol social, ejercido como única posibilidad de realización femenina. Desde una posición antiesencialista, cuestionó que la potencia biológica reproductiva implicara para las mujeres una innata aptitud social “maternal”, afirmando que la misma no era más que otro de los estereotipos (quizá uno de los más difundidos) impuestos por el sistema sexo-género, en el cual se inscribe la función materna en las sociedades patriarcales. De Beauvoir consideraba a la capacidad reproductiva como una “incapacidad constitutiva”: la imposibilidad de las mujeres de sustraerse a una determinación biológica que, a su vez, somete a la mujer a su cuerpo y además se reconfigura como imperativo cultural e incluso moral: el de ser (y ejercer como) madre. En suma, concibe a la maternidad como una actividad alienante que limita a las mujeres impidiéndoles cumplir con un destino más trascendente: mientras son *reproductoras* no hacen más que *reproducir* el orden social existente. Por ello cree que en la renuncia a ser madres estaría la posibilidad de su igualdad con los varones, la oportunidad de desligarse de su potencia reproductora para aventurarse, por fin, a su potencia creadora. “Su desgracia consiste en haber sido biológicamente destinada a repetir la Vida, cuando a sus ojos la Vida no lleva en sí sus razones de ser y cuando esas razones son más importantes que la vida misma” (1977 [1949]: 25).

Por su parte, en 1970, Shulamith Firestone sugirió que la vinculación problemática entre el binomio mujer-naturaleza podía ser disuelta a través de la anticoncepción, pero también mediante la reproducción artificial: su ideal reposaba en la esperanza de que la tecnología lograra liberar a las mujeres de las limitaciones de la maternidad. Según Firestone la igualdad sólo se alcanzaría una vez que la reproducción pudiera desarrollarse en los laboratorios. La no dependencia del cuerpo femenino para la reproducción de la especie permitiría a las mujeres escapar de sus posiciones determinadas biológicamente en la sociedad, proponiendo una serie de posibles cambios sociales para lograr una sociedad pos-patriarcal, que incluya la abolición de la familia nuclear en pos de la vida en comunidades, donde la crianza de los niños se gestione de manera colectiva.

También Juliet Mitchell planteó que las mujeres podían liberarse de los sinsabores de la maternidad si los estados asumían las funciones de cuidado y crianza de los hijos, algo con lo que Platón ya fantaseaba en *La República*, donde imaginaba una sociedad en la cual la maternidad pasaría a ser una tarea comunitaria.

El debate sobre la maternidad y la reproducción ha constituido un tema central para la teoría (y la práctica) de la segunda ola feminista y sus herederas, empezando por la politización de cuestiones tales como acceso a anticonceptivos, el aborto y el cuidado de los niños (llevando a la arena pública aquello de “lo privado es político”).

A partir de los años setenta y ochenta, con el surgimiento del “feminismo de la diferencia”, aparecieron otras corrientes que, en disonancia con las recién mencionadas, reivindicaron la función maternal, entendida como fuente de identidad, de placer y de conocimiento. Mientras las teóricas del “feminismo

de la igualdad” consideran que las mujeres deben alcanzar una participación igualitaria en la sociedad, luchando por ocupar los mismos lugares que los hombres, superando los estereotipos del sistema sexo-género (dentro del cual se inscribe la función materna en las sociedades patriarcales), las partidarias del “feminismo de la diferencia” abogan por identificar y defender las características *propias de la mujer*, entre las cuales se encuentra la capacidad de procrear. “La visión feminista se ha apartado con disgusto de la biología femenina: volverá, creo, a considerar nuestro físico como un recurso, más que un destino” (Rich, 1977: 21). Nacido bajo el lema “ser mujer es hermoso”, esta corriente sostuvo que De Beauvoir soslayaba las diferencias entre los sexos, negando la existencia de una identidad femenina en pos de una identidad unisex de inspiración masculina. No obstante, entendemos que ese “ser mujer” al que aluden resulta especialmente problemático, ya que las características que pueden parecer “propias” de la mujer (en un ejercicio mítico de negación de la historia en términos de Roland Barthes) han sido moldeadas culturalmente por procesos de socialización que responden a un régimen de poder basado, precisamente, en el control de las mujeres y sus potencialidades.

También el denominado “feminismo maternal” (asociado con Carol Gilligan y Nancy Chodorow) opina que la experiencia de las mujeres como madres les da una capacidad moral superior porque está relacionada a una serie de valores más solidarios y humanizados. Carol Gilligan (1977) fue quien acuñó la noción de “ética de cuidado” (en inglés “care”, que además de “cuidado” también significa atención, asistencia, solicitud, preocupación) para referirse a la predisposición que generalmente tienen las mujeres a estar pendientes de los demás y de brindarle una atención privilegiada a sus afectos, lo cual obedecería a un tipo de moral particular y elevada, propio de las mujeres, que ella propone

revalorizar. No obstante no se refiere a esta “ética femenina” sobre una base ahistórica ni de carácter meramente natural-biologicista, sino que se la atribuye a los modos en los que varones y mujeres son socializados desde la primera infancia, a su configuración primaria de los objetos de deseo legítimos, a los mecanismos desiguales de separación/identificación con la madre a los que unos y otras son sometidos. Sin embargo, su planteo naturaliza el rol materno, sin suponer que las funciones de maternaje pueden también ser cumplidas por varones o mujeres indistintamente y más allá de la orientación sexual de unos u otras. La tendencia a ser solícitas, a cuidar de los niños, ancianos y enfermos no es caracterizada desde esta perspectiva como un producto de la división sexual del trabajo (dentro de la cual las mujeres desarrollan dichas aptitudes vinculadas a una socialización orientada al ámbito de lo doméstico) sino más bien como resultado de un desarrollo moral de las mujeres. Es decir, valora como atributos morales positivos propios de las mujeres, precisamente aquellos que éstas desarrollaron gracias a su situación desventajosa en las relaciones de dominación.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Otras autoras (entre ellas Luce Irigaray, Julia Kristeva, Luisa Muraro, Alessandra Bocchetti) han puesto la mirada en la relación particular que se establece entre madres e hijas a fin de comprender las potencialidades de la maternidad, como fuente específica de poder y potestad de las mujeres.

### **Vida profesional y maternidad: ¿vocaciones encontradas?**

Tomando en cuenta las consideraciones teóricas expuestas en los párrafos anteriores, indagaremos las modificaciones que van sufriendo los modelos asociados a la maternidad, entre las mujeres profesionales de clase media de la Ciudad de Buenos Aires.

El desempeño laboral de las mujeres ha dado lugar a nuevas formas de ejercicio de la maternidad. Dependiendo del tipo de trabajo que la mujer desarrolle

(de tiempo parcial o completo, fuera o dentro de su casa, con horarios fijos o flexibles) también se modifican los modos de relación con sus hijos. El tipo de madre dedicada con exclusividad a la casa y los hijos, un modelo que las clases medias supieron adoptar para sí por varias generaciones, actualmente entra en contradicción con los tiempos, deseos y responsabilidades de las madres que trabajan, especialmente aquellas con una vida profesional exitosa. Con relación a las madres con formación terciaria o universitaria que ejercen las profesiones para las cuales estudiaron por impulso vocacional, o de las mujeres que se desempeñan con éxito en los negocios, el trabajo es —además de una importante fuente de ingresos para ella y/o su familia, dependiendo del caso— una fuente de satisfacciones, que compite con las llamadas “obligaciones maternas”.

La convergencia de trabajo remunerado y vida familiar para las mujeres (la llamada “doble jornada”) nunca tuvo el mismo significado para los varones. En la tradicional división sexual del trabajo, es ella la que se encarga del trabajo afectivo. Simone de Beauvoir planteaba que en una sociedad en la que los bebés y niños fuesen cuidados de manera colectiva y la madre fuese cuidada y ayudada, la maternidad no sería inconciliable en absoluto con el trabajo femenino: “la mujer que posea la vida personal más rica será la que más dé al hijo y la que menos le pida; la mujer que adquiera en el esfuerzo y la lucha el conocimiento de los verdaderos valores humanos será la mejor educadora”. El hecho de que el cuidado y la educación de los niños no esté cubierto por el Estado es una carencia social: “pero es un sofisma justificarla pretendiendo que una ley escrita en el cielo o en las entrañas de la Tierra exige que madre e hijo se pertenezcan exclusivamente el uno al otro; esta mutua pertenencia no constituye, en verdad, sino una doble y nefasta opresión” (De Beauvoir, 1977 [1949]: 231).

Entonces, ¿cómo combinan actualmente las mujeres de clase media porteña la crianza de sus hijos con sus actividades profesionales? ¿Qué impacto tiene el hecho de ser madres en sus carreras? ¿Y su desempeño laboral en su universo afectivo familiar? ¿Cuáles son las estrategias individuales y familiares de estas madres? Solé y Parella (2004) analizaron los factores ideológicos y materiales (como las barreras profesionales a la promoción) que intervienen en la convergencia de un proyecto de maternidad para las mujeres con actividades profesionales especialmente exigentes y absorbentes en términos de formación y dedicación —basadas en la competencia, la eficacia y la disponibilidad, tanto horaria como geográfica— que exigen que estas mujeres innoven en relación con el ejercicio y sentido de su maternidad en la actualidad. “Si bien las prácticas cotidianas rompen con el modelo de la “maternidad intensiva” y se encaminan hacia formas de maternidad “compartida” y menos presencial, el peso del imaginario de la “maternidad intensiva” sigue generando frustración y ambivalencia en unas mujeres que no están dispuestas a ver menguar su carrera profesional; pero a las que, al mismo tiempo, les gustaría poder dedicar mayor atención a sus hijos. Todo ello, enmarcado dentro de la falta de corresponsabilidad masculina en la esfera reproductiva, causante de que estas mujeres perciban que es su calidad de vida la que se deteriora y no la de sus cónyuges, con la llegada de los hijos” (*ibid.*: 69).

Desde que tuvimos a la nena a veces pienso que mi marido no es el hombre que yo creía que era. Estamos juntos desde hace años y él requería ser papá, incluso más que yo al principio, pero hoy que la nena ya va a cumplir dos años, me doy cuenta de que la mayoría de las cosas en relación con ella las hago yo. Yo

hablo con la chica que se queda a cuidarla mientras nosotros estamos en el trabajo, la que le deja la ropa preparada, la que llama a casa para ver si está todo bien, la que primero se hace cargo de las cosas que demanda cuando estamos solos los tres. Y lo peor es que como tenemos una niñera y los dos trabajamos fuera de casa, piensa que los dos hacemos las cosas por igual y la verdad que no y es muy difícil hacérselo entender (E2H/38P).<sup>4</sup>

Esa forma masculina de participación en la crianza de los hijos sólo existe porque los varones han delegado en las mujeres su deber de cuidar, confiando en términos de Gilligan (1977) en su “ética de cuidado”: “La libertad que conquistan los varones es a cuenta de que las mujeres se responsabilicen de atender esas necesidades. (...) Si las mujeres, todas las mujeres, adoptaran dicho modelo ¿quién realizaría las tareas de cuidado?” (Varela, 2005: 210-211).

Lo que no entiende mi pareja es que él se puede ocupar igual que yo de dar una mamadera, de cambiar un pañal, de calmar a la nena para que no lllore. Es un proceso que él también puede hacer, conocerla, que lo conozca, entenderle los tiempos, pero él se puede permitir no tener paciencia y darme la nena a mí, que encima cuando me la pasa en general se calma. A veces me llama mil veces al celular sabiendo que yo estoy en una reunión de trabajo

<sup>4</sup> En lo referido al modo de notación de las citas textuales de las entrevistadas, como se trata de testimonios obtenidos en una investigación más amplia sobre la temática, hemos optado por el siguiente criterio: cada entrevistada se identifica con la letra E, seguida por un número (del 1 al 15 las mujeres con hijos y del 16 al 30 las mujeres sin hijos). Por ejemplo, E13 H/34P, para nombrar a Entrevistada núm. 13, con hijos, 34 años, en pareja. Los enunciados surgidos de grupos focales se identifican con la sigla GF, antes de la notación utilizada para cada entrevistada.

o con amigas o lo que sea, pero desligándome un rato del tema “madre”, y me llama sólo porque no la puede calmar o porque llora mucho. Y yo le digo, cálmala, no te pongas nervioso, y me trato de olvidar, pero al final me da pena por la nena y me agarra culpa y termino volviendo y dejando lo que estaba haciendo y al final tengo que calmarlos a los dos, porque él queda con un humor imposible, es un doble trabajo (E14H/30P).

La alusión al “sentimiento de culpa” es recurrente en los discursos de las mujeres entrevistadas, que intentan conciliar maternidad y trabajo sin por ello dejar de lado aspectos importantes de su vida y la de sus hijos. Además esta preocupación por conciliar ambos ámbitos no es compartida por sus parejas, que compatibilizan sin problemas ambos roles. El padre que llega tarde del trabajo, sólo está unas horas con sus hijos y les dedica a ellos el fin de semana, es una figura absolutamente avalada culturalmente. Sin embargo, la maternidad está asociada a la incondicionalidad, a la renuncia, al altruismo, como si para ser buenas madres las mujeres tuvieran que resignar algo (o más bien, mucho) de sí. Que la vida profesional sea para ellas una fuente de satisfacciones de igual o mayor importancia, que su espacio doméstico familiar contradice la ideología según la cual la maternidad debería ser el ámbito de “natural” realización para las mujeres.

Actualmente en los sectores medios de Buenos Aires las familias con dos ingresos son las más habituales pero las tareas domésticas (y, más ampliamente, el trabajo afectivo) siguen recayendo en mayor medida en las mujeres, quienes a su vez, en las economías familiares que así lo permiten, delegan algunas de

dichas tareas en otras mujeres asalariadas que se ocupan de las labores de la casa y de los hijos (en pocas ocasiones cuentan con la ayuda de familiares), lo cual les permite desligarse de algunas tareas vinculadas a la esfera doméstica. Las parejas que hoy en día optan por destinar recursos económicos (en ciertos casos muy significativos para la economía familiar) en dejar a sus hijos a cargo de empleadas domésticas o niñeras para que la mujer profesional pueda ejercer su trabajo fuera del hogar —aunque no siempre los ingresos de la mujer sean indispensables para la supervivencia de la familia— son innovadoras respecto a las generaciones que las anteceden, en las cuales se valoraba que las mujeres con hijos “salieran a trabajar” sólo si se trataba de un imperativo de tipo económico porque, ¿qué otra vocación podía ser más fuerte que la materna? ¿Qué más atractivo que quedarse cuidando de su casa y sus hijos, teniendo los medios para hacerlo?

Por ejemplo, de los datos obtenidos en el trabajo de campo surge que las madres de la mayoría de las entrevistadas prefirieron dedicarse a la vida familiar si no con exclusividad al menos como prioridad, habiendo dejado de trabajar en algún momento de la etapa de crianza de sus hijos.

No sé cómo hacía mi mamá para quedarse en casa haciendo de ama de casa. No porque yo no lo vea como un trabajo, sino porque ahora que soy adulta y tengo una profesión y la ejerzo, me doy cuenta que nadie dentro de la esfera laboral ve al trabajo del ama de casa como un trabajo. No sé, me parece que aunque nos debe haber disfrutado mas de lo que yo puedo con mi hijo, también es una cosa muy demandante, que si no tenés otras obligaciones o intereses te puede comer la vida (E10H/33P).

Dicho ideal de *madre en exclusiva* también es el de la *madre excesiva*, que interviene constantemente en la vida de sus hijos, que incluso “vive a través de ellos” experimentando sus angustias y alegrías como propias, cuya identidad se diluye en la de “los suyos”. “En última instancia la función maternal estaría cumplida sólo en el momento en que una madre logra por fin que su hijo sea adulto” (Badinter, 1991: 8). En suma, se trata de un ideal que implica una actitud tan dedicada como posesiva, que muchas veces es una carga tanto para las mujeres como para sus hijos, y que por supuesto resulta absolutamente incompatible con el desarrollo profesional.

Él hace bastante en casa, porque es el que cocina, por ejemplo, que yo en eso soy un desastre, pero con el tema de los chicos, aunque se ocupa y va a buscarlos al colegio, si le surge cualquier cosa de trabajo no piensa en los chicos, ¡bah!, en realidad da por sentado que yo me voy a ocupar, aunque yo también trabajo y quizás no pueda en ese momento. Estamos teniendo bastantes problemas por ese tema, porque encima yo trabajo menos horas y no todos los días a la semana entonces parece que mi trabajo fuera flexible, pero no lo es y soy yo la que termina resignando más cosas (E4H/36P).

Actualmente, las mujeres que no estén dispuestas a reducir su presencia en sus asuntos familiares y domésticos, estarán en inferioridad de condiciones a la hora de competir con sus colegas varones, que culturalmente tienen menos presiones en esa dirección. De hecho la maternidad (o su mera posibilidad) no colabora con la promoción de las mujeres en el mundo laboral —y en

Argentina no son pocos los casos de despido y rescisiones de contratos por embarazo, a pesar de su ilegalidad— dado que las empresas consideran que los puestos de responsabilidad van a estar mejor cubiertos por varones que, aunque tengan hijos, no asumen socialmente la “doble carga” que supone para las mujeres la maternidad. El presupuesto es que las mujeres dedican a sus familias más energías y tiempo que sus pares varones. A su vez, aunque logren sortear con éxito el mandato de la maternidad a tiempo completo, en el mundo del trabajo las mujeres siguen soportando veladas (y no tanto) discriminaciones cotidianas en la división sexual de las tareas asignadas, los niveles salariales y las oportunidades de ascenso laboral.

En el caso de las profesiones vinculadas a una vocación artística o a tareas creativas y/o intelectuales, el hecho de que la maternidad quite tiempo para su desarrollo no sólo tiene resultados negativos derivados de las presiones del mundo laboral, sino también puede generar en las mujeres insatisfacciones a nivel personal. De las entrevistas realizadas surge que sobre todo las madres que solían trabajar en sus domicilios, optan por trabajar fuera de ellos —en una oficina o departamento alquilado o compartido, en bares, etc.— ya que les resulta imposible concentrarse en el trabajo dentro del ámbito doméstico, un espacio que hasta la llegada de los hijos sí les había servido para tal fin. Si permanecen en su casa, aunque cuenten con ayuda de terceros, dicen no poder “desenchufarse” de lo que les pasa a sus hijos.

Yo antes trabajaba en casa pero ahora es imposible, me voy a trabajar a la oficina que le subalquilé a una vecina a dos cuadras de mi casa. Tengo un escritorio y estoy laborando en mi tesis de maestría, que ya entregué un borrador a mi directora. Corrijo

parciales y leo material, ese es mi lugar de trabajo, acá a dos cuadras, hasta las cinco estoy ahí, son tres horas, me llevo mi laptop, a veces no puedo hacerlo todos los días (...) En casa ya no puedo trabajar, me concentro cinco minutos y es todo tan interrumpido que te da tanta bronca que a lo sumo un mail, mi cable a tierra es la computadora, está todo el tiempo *on line*, yo me la paso chequeando y devolviendo mails pero más que eso no puedo hacer y no quiero sentir que el bebé me está quitando tiempo de trabajo o que el trabajo me está quitando tiempo del bebé. Cuando estoy con él estoy con él y cuando no estoy con él, está la chica que lo cuida y yo por suerte confío, es una genio y yo me desentiendo totalmente (E13 H/ 34P).

Sin embargo, no siempre las familias de clase media cuentan con los recursos económicos necesarios para contratar niñeras, guarderías o servicio doméstico fijo que les permita a las mujeres dejar a sus hijos al cuidado de terceros, lo cual resulta indispensable en los casos en los que sus parejas trabajan fuera de la casa, al menos hasta que los niños estén en edad escolar. En los casos en que ambos miembros de la pareja trabajan en su propio domicilio, se observa una mayor negociación para ocuparse del cuidado de los hijos, no exenta de conflictos.

Con mi marido casi no nos vemos (risas) porque para que podamos dormir tuvimos que hacer un cronograma de horarios. Hicimos dos turnos de 6 horas para cada uno, por suerte los dos trabajamos en casa, así que podemos armarlo así. Lamentablemente nuestra hija duerme muy poco y fue el modo que

encontramos para no pelearnos por quién se ocupaba de la nena sin volvernos locos. La nena duerme dos horas y se despierta, duerme otras dos horas y vuelve a despertarse, ya tiene más de un año y antes de acordar esto, dormir para nosotros era una tortura. Así que si llora en el tiempo que le toca a él, se ocupa él, y si es en mi turno me encargo yo. Ya por suerte toma mamadera así que ahora nos arreglamos así. Es la manera que encontramos para poder dormir, por un lado, y trabajar, por el otro. Cada uno sale de casa en el horario en que al otro le toca estar con la nena y volvemos a reemplazar al otro (E7 H/ 35P).

En este tipo de casos, la igualdad en la división del trabajo está planteada al modo de una jornada laboral de igual duración para ambos miembros de la pareja. En materia de tiempo, padre y madre se ocupan de su hija “por igual”. De este modo, la lógica de la “maternidad intensiva” (Solé y Parella, 2004) también se aplica a una *paternidad intensiva*. En los casos en los que el hombre trabaja fuera del hogar, la situación es más dispar. Si bien actualmente el ejercicio de la paternidad ha experimentado cambios sustanciales en comparación al modelo de padre que fundaba su autoridad en un trato más bien distante y ausente para con sus hijos, aunque los varones hayan comenzado a asumir una posición más atenta y cariñosa, hay esferas en las cuales la tradicional división sexual del trabajo sigue operando tanto en el imaginario como en las prácticas concretas. “Los “nuevos” padres han asumido sólo la parte más “dulce”, e incluso “lúdica”, del trabajo reproductivo: el cuidado de los hijos. En especial, todo aquello que implica compartir con ellos el máximo tiempo posible siempre y cuando no estén en el trabajo (traerlos y recogerlos a la

escuela, compartir ratos de juego...). Pero el trabajo doméstico y familiar tiene muchas otras dimensiones, intensivas en tiempos e ineludibles, sin las cuales la reproducción social de los hijos no es posible: desde la infraestructura del hogar (cocinar, lavar, limpiar), hasta toda la tarea de planificación y gestión diaria" (*ibid.*: 83).

Las nuevas paternidades dan cuenta de un cambio cultural sin precedentes con relación al cuidado de los hijos por parte de los varones. De hecho, estos nuevos padres más afectivos y pendientes de sus hijos han dado lugar al surgimiento de un nuevo género literario llamado *dal lit* (literatura para padres) que es un éxito a nivel mundial y ya tiene sus exponentes locales. A diferencia de sus propios padres, los varones actuales deciden dedicarle más tiempo a sus hijos e incluso soportar algunas críticas por innovar en un terreno que aún hoy muchos suponen exclusivamente femenino. Los varones que quieren ser padres hoy, pueden plantearse una relación con sus hijos muy distinta a la que hubieran podido tener hace cincuenta años, o incluso menos. También esta época abre nuevas posibilidades para la paternidad (aunque, como dice Lipovetsky (1999), las mujeres aún mantengan una *relación privilegiada* con la crianza de los hijos). Sin embargo, el *privilegio* no siempre resulta tal y, a pesar de la mayor participación de los varones, la herencia de la histórica división sexual del trabajo hace que las mujeres, como plantea Inés Mancini (2007) sigan haciéndose responsables en exclusiva de la *carga mental* por la crianza de los hijos. No es poco. Y tampoco lo es la invisibilización de dicha carga. Aunque no exista tal cosa como el "instinto materno", el "instinto paterno" no es igualmente valorado. Nadie habla de "instinto paternal" sino de padres que "ayudan", que "se ocupan". No es lo mismo. De hecho en la Argentina los padres no gozan de licencias por paternidad (apenas tienen

unos días libres posteriores al parto) y las mujeres cuyos maridos trabajan en relación de dependencia deben procurar la ayuda de terceros (sus propias madres o suegras en caso de tenerlas y de que puedan colaborar en las tareas domésticas o de cuidado) o de trabajadoras asalariadas. Cuando estas mujeres regresan a sus trabajos, necesariamente deben compartir o suplir con otras personas la crianza de sus hijos.

Nosotros lo que hicimos fue alquilar un departamento de un ambiente justo acá enfrente de casa, tuvimos mucha suerte de encontrarlo. Como mis papás viven a 100 km de Buenos Aires, mi mamá va a vivir ahí durante la semana y va a volver con mi viejo los fines de semana. Ella lo sugirió, así cuando yo vuelvo al diario ella está con la nena y la verdad que me viene bárbaro porque me quedo re tranquila de que se quede con mi vieja. Además ella está encantada, creo que quiere ejercer de abuela, porque cuando mi hermana mayor fue madre hace diez años ya, ella estaba viviendo en Córdoba y entonces no pudo estar muy presente. Y ahora que puede, quiere estar, así que me va a dar una ayuda bárbara (E12 H/ 31P).

Yo ya sabía cómo iba a ser la cosa. Cuando con mi marido decidimos que queríamos tener un hijo yo estaba trabajando como *freelance* desde mi casa y me busqué un trabajo fijo, que me garantizó el mismo sueldo todos los meses, con vacaciones, aguinaldo, una buena obra social, licencia por maternidad. Así que ya sé que cuando se me termine la licencia por maternidad

voy a tener que volver a trabajar, pero como me pagan un plus por guardería, ya veré con quién dejo a la nena, porque mi marido también trabaja y en horarios parecidos a los míos. Desde el principio mi plan fue trabajar, así que estoy buscando a alguien de confianza para que pueda cuidarla, esperemos que por esa plata (E15 H/ 35P).

### **Estereotipos de género, antiguos modelos y nuevos mandatos**

Los tipos de crianza y los sentimientos de las madres hacia sus hijos también han sido producto de diversos cambios sociales, que

fueron impactando en las mentalidades. Distintos autores (entre ellos Ariès, 1987; Ariès y Duby, 1991; Duby y Perrot, 1993; Badinter, 1985; Elías, 1982, 1988; Knibiehler, 2001) han dado cuenta de los grandes cambios históricos que se han dado en la vida privada en general y en el ejercicio de la maternidad en particular y de cómo los distintos modelos maternos socialmente instalados han sido resultado de postulados encontrados a lo largo de la historia. En relación con la maternidad, las mujeres son interpeladas por los mandatos sociales de su tiempo y sector social. Por ello en la investigación nos interesó también explorar las representaciones respecto a la función materna de mujeres que, aunque piensan en la maternidad como proyecto posible, no han sido madres, e indagar de qué modo perciben a la maternidad en cuanto a su desarrollo laboral, qué modelos operan en sus presupuestos y a partir de qué relatos construyen, en cada caso, sus imaginarios sobre el rol materno.

Para ello, analizaremos algunos datos de las entrevistas realizadas con mujeres durante sus embarazos y las encuestas y grupos focales llevados a cabo con

mujeres sin hijos. Por ejemplo, las mujeres que trabajan en el ámbito público y están conformes con su desempeño profesional (el cual les reporta satisfacciones en términos de independencia económica y crecimiento personal) ¿suponen que podrían congeriar a futuro sus actuales trabajos con el proyecto de tener hijos? ¿O creen que para encarar un proyecto de maternidad tendrían que resignar parte de lo que alcanzaron hasta el momento en materia de desarrollo profesional? Asimismo, nos interesa examinar las motivaciones culturales que llevan a las mujeres a planificar una vida sin hijos o a postergar cada vez más la decisión de ser madres, y su vinculación con la existencia de otros proyectos vitales.

De hecho, el espacio en que se sitúa la investigación es la Ciudad de Buenos Aires, un enclave urbano que registra la tasa de fecundidad más baja

<sup>5</sup> "Fecundidad en la Ciudad de Buenos Aires 1990/2009". Informe de resultados 426. Dirección General de Estadística y Censos, Ministerio de Hacienda, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, junio de 2010.

<sup>6</sup> *Idem.*

de la Argentina. Mientras la fecundidad del país es hoy de 2,3 hijos por mujer al final de su vida reproductiva, la tasa global de fecundidad de la Ciudad de Buenos Aires en el trienio 2007/2009 fue de 1,9 hijos por mujer.<sup>5</sup> A su vez, en el mismo periodo, la edad promedio de las mujeres al nacimiento de su primer hijo en la Ciudad de Buenos Aires fue de 29,7 años.<sup>6</sup>

Para las mujeres que disfrutan de sus trabajos, de su vocación, de su vida profesional y de los logros que ésta les reporta tanto a nivel material como simbólico en términos de prestigio y reconocimiento, la maternidad no es un proyecto de vida total, en el sentido de que anule o subsuma a los demás proyectos vitales. Así como difícilmente un varón se replanteé su vocación o su trabajo por el hecho de tener hijos, estas mujeres aspiran a compatibilizar ambas tareas. Sin embargo, el imaginario de la maternidad a tiempo completo, o al menos como prioridad, sigue vigente y las mujeres experimentan una sensación ambigua respecto a la decisión de tener hijos, como si debido a sus

otros intereses no fueran a estar “a la altura” de lo que implica ejercer como “madres que se precien”. A pesar de que actualmente no existe un modelo único de maternidad posible, el presupuesto instalado sigue siendo que, para las madres, *lo más importante son sus hijos*. Lo han reiterado durante generaciones: “dejé todo por mis hijos” fue la muletilla repetida en buena parte de las mujeres que antecedieron a las madres actuales, incluso aquellas que décadas atrás habían comenzado a integrarse en el mundo laboral. Las trayectorias laborales truncas han sido una constante en buena parte de las mujeres de las generaciones anteriores (entre ellas, sus propias madres) que hicieron propias las oportunidades de un modelo de cambio que las incluía en esferas sociales que hasta entonces les habían sido obturadas, pero que luego se decidieron por el modelo de sus propias madres: se quedaron en su casa, cuidando a sus hijos, a pesar de los estudios cursados y los años trabajados.

En este sentido, resulta ilustrativo el siguiente extracto de uno de los grupos focales en el que participaron cuatro mujeres sin hijos, entre 29 y 39 años, que desempeñan puestos de responsabilidad y bien remunerados en distintas empresas:

FG E18 S/ 41N: A los amigos con hijos los veo muy diferentes.  
Y por supuesto que es totalmente diferente al modelo de mis padres, hace unos cuantos años.

FG E16 S/ 29P: ¿En qué ves la diferencia con ese modelo?

FG E18 S/ 41N: Y, el modelo de mis viejos fue exactamente igual al que comentábamos recién, la mujer se queda en su casa. Mi mamá cuando tuvo su tercer hijo dejó de trabajar. O sea, trabajar fue. Empezó a trabajar, bueno, en casa.

FG E19: Pero bueno, algo lo mantuvo, trabajó hasta el tercer hijo.

Eso es bueno. Mi mamá con el primero dejó ya.

FG E18 S/ 41N: Sí, la mía también dejó de trabajar cuando me tuvo.

FG E17 S/ 39N: La mía también.

Considerando las satisfacciones que sus trabajos les generan, el modelo de las mujeres independientes que llegado un momento “dejan todo por sus hijos” también lleva a otro tipo de cuestionamientos, en especial respecto a sus propias madres: ¿Por qué cuando tuvieron hijos decidieron dejar de trabajar? ¿O habrá sido a la inversa? Aparece entonces el temor a “repetir la historia”, a que en el caso de tener hijos la maternidad las absorba como una fuerza incontrolable que modifique sus prioridades, sus juicios de valor, que las convierta en un modelo de mujer que, de sólo pensarlo, desprecian para sí. También dicha concepción aparecía en las entrevistas de las mujeres con hijos en cuanto a su trayectoria vital y la de sus propias madres.

En la actualidad, los modos de socialización primaria de varones y mujeres siguen reproduciendo estereotipos de género: a los primeros se les inculcan desde temprano valores de independencia, valentía y desarrollo de su fuerza física, mientras a las segundas se las anima a cultivar otros “valores” como la dependencia, el cuidado y la suavidad de los modales (asociada a la debilidad). Aunque por supuesto ha habido cambios en la crianza de las niñas, por ejemplo en lo referente a su formación intelectual, culturalmente se sigue esperando de las mujeres una posición “femenina” que dé cuenta de dichos “atributos”. Porque si bien hoy la perspectiva valorada dentro de los sectores medios es que las mujeres no circunscriban sus aspiraciones al ámbito de lo privado y

se formen, ganen dinero y sean independientes, son esos otros “atributos” los que, en el imaginario social, continúan operando como garantía de su valía “como mujeres”. Es decir, en cierto modo el modelo de mujer continúa operando bajo la rémora del modelo de las generaciones inmediatamente anteriores, que podríamos denominar el *modelo del “como si”*: que las mujeres vivan *como si* estudiar, lograr un buen trabajo y ser independientes fueran sus aspiraciones vitales (que se correspondían con el ideal de “mujer moderna”) hasta que llegue el momento de consolidar un proyecto de pareja y familia que, con la llegada de los hijos, las relevase de dichas obligaciones, hasta entonces vividas (o puestas en escena) como sus máximas ambiciones. Se trata del modelo heredado de las mujeres que comenzaron a pensar un modo alternativo de realizarse por fuera del ámbito doméstico tradicional, pero que tras dar algunos primeros pasos, decidieron que ya era suficiente la innovación en dicho terreno y se replegaron nuevamente en el modelo tradicional. Mujeres que conocieron las ventajas y sinsabores del mundo laboral asalariado, pero que decidieron abandonarlo en pos de un ideal de familia y de maternidad a tiempo completo.

Colette Dowling (1991) [1982] se refirió a este proceso que experimentan algunas mujeres como “el complejo de Cenicienta”, un entramado de actitudes y temores largamente reprimidos que impiden que terminen de dar el salto hacia una verdadera independencia. Su diagnóstico acerca de la situación que atravesaban las mujeres hace treinta años fue que si bien habían ganado libertades y logrado estudiar, trabajar, viajar y ser exitosas, continuaba operando en ellas el legado de los cuentos infantiles en los que alguien vendría a “salvarlas”, a llenar sus ansias de “vivir de veras”. Mientras que el único “salvador” que conocen los varones son ellos mismos; para las mujeres es

fácil caer en la trampa del deseo de ser “salvadas”. Dowling plantea que la pérdida de las estructuras de apoyo de antaño (como vivir bajo el necesario amparo de un otro —padre, marido— al que consideraban “más fuerte”) genera cierta nostalgia por la dependencia, dados los desafíos, incertidumbres e inseguridades que la libertad supone. Como planteaba Simone de Beauvoir, al asumir un papel sumiso y dependiente, las mujeres evitan el esfuerzo que implica tomar a su cargo una “existencia auténtica”.

### Palabras finales

En las últimas décadas se han producido grandes cambios con relación a los proyectos y aspiraciones de las mujeres. Desligadas —en algunos sectores sociales— del imperativo doméstico de abocarse exclusivamente al cuidado de los hijos, actualmente los mandatos tradicionales se han vuelto más lábiles y conviven con otras posibilidades de realización para las mujeres (generando nuevas tensiones entre la “vocación materna” y la “vocación profesional”) al tiempo que han surgido nuevos mandatos. “Se está efectuando el cambio del modelo tradicional femenino dominante (desenvolvimiento en la esfera de la familia, de lo privado) al nuevo modelo (mujer que trabaja, desenvolvimiento en la esfera pública). Este último modelo se ha convertido ya en la *imagen dominante de la mujer* (...) aunque en la actualidad, sólo sea real para una minoría de mujeres y gran parte de la población femenina aún no lo haya incorporado a su existencia. Estas mujeres de élite son las primeras que han hecho efectivo el capital social y cultural que el modelo tradicional les negaba, en comparación a sus hermanos de clase, varones” (García de León, 1994: 75-76).

Así como persisten mandatos hacia la maternidad, también actúan nuevas presiones sociales hacia su postergación, exigencias vinculadas a la carrera laboral,

la competencia profesional y la formación permanente que contradicen los mandatos tradicionales para las mujeres. Ello se ve reflejado en algunas de las cifras ya mencionadas proporcionadas por los estudios demográficos (censos, encuesta permanente de hogares, etc.) que dan cuenta de un descenso de la natalidad y un crecimiento de la edad promedio de las mujeres al momento de tener su primer hijo en la Ciudad de Buenos Aires, especialmente en las zonas donde se concentran los sectores de mayores ingresos. La “moratoria social” (Margulis y Urresti, 1996) de la cual suelen gozar las clases medias, que permite que los y las jóvenes puedan dedicar años al estudio y la formación profesional sin la necesidad de asumir obligaciones de la vida adulta, se encuentra cada vez más extendida en lo que respecta a la asunción de responsabilidades familiares (se tienen cada vez menos hijos y a edades más tardías, cuando se tienen) aunque no necesariamente en lo referido a la vida laboral. Las mujeres de los sectores medios no son ajenas a este proceso y reflejan dicha tendencia en sus decisiones de vida pero, a su vez, los actuales modelos de pareja y familia siguen reproduciendo aspectos heredados en lo que respecta a la división sexual del trabajo y a las tradicionales esferas de lo público y lo privado, que entran en tensión con las actuales aspiraciones vitales posibles para las mujeres. Lo que podríamos denominar como “demanda media de ocio” dentro de los sectores medios (vacaciones, viajes, entretenimientos, satisfacciones personales de diferentes órdenes, etc.) también se vincula con otros aspectos de la dinámica social, como el estado de las condiciones políticas y económicas, las nuevas tecnologías, las aspiraciones propias de las sociedades modernas respecto a la realización personal (el desarrollo intelectual, artístico o profesional), así como un nivel creciente de tentaciones de consumo, que interpelan directamente a las mujeres pertenecientes al sector social estudiado.

Aunque ha habido importantes cambios culturales respecto a la división sexual del trabajo y se advierte una mayor presencia masculina en las tareas domésticas, en la crianza de los hijos tienden a subsistir los roles tradicionales a pesar de que las mujeres ya no construyan exclusivamente su identidad a partir de las funciones de madre y esposa. Los mandatos vinculados al “buen” desempeño de la maternidad y la permanencia de modelos tradicionales, generan en las mujeres con carreras profesionales cuyo ejercicio es una fuente valorada de satisfacciones tanto a nivel material como simbólico, contradicciones aún no saldadas. La “relación privilegiada” de las mujeres a la que alude Lipovetsky referente a la crianza de los hijos no encuentra un paralelo en el ejercicio de la paternidad que, sobre todo en los primeros años, aparece más bien como una “función subsidiaria” de la maternidad. Creemos que, en este sentido, el cuerpo de las mujeres funciona como una suerte de “coartada cultural” para los varones. Como existe una proximidad y un vínculo diferente entre el bebé y la madre, al menos durante los primeros meses de vida debido a la lactancia (en los casos en los que la misma no se resuelve con mamaderas), la intensidad de este vínculo luego se naturaliza, como si los hijos necesitaran de su *exclusiva* presencia y *en exclusiva*, incluso cuando la dependencia del bebé para con la madre va cediendo para dar lugar a la socialización del niño, que no siempre, valga la redundancia, es socializada entre madres y padres. A pesar de que la maternidad y la paternidad suelen ser la resultante de una decisión consciente y en general consensuada dentro del marco de una pareja dentro de los sectores estudiados, no obstante continúa siendo significada desde una matriz cultural dominante que la construye como “natural y necesaria” para las mujeres, pero no así para sus pares varones. A pesar de que otros proyectos hayan ganado terreno, la maternidad continúa siendo una experiencia clave

en la constitución de trayectorias femeninas aunque en los sectores medios opere para las mujeres, junto con la libertad de desarrollarse en otros ámbitos, un nuevo mandato: el de no convertirse sólo en madres. En este sentido, Inés Mancini analiza el caso de una mujer profesional que, ante la llegada de su primer hijo, se ve tentada de adoptar el modelo de “maternidad intensiva” y renunciar a su trabajo, y encuentra todo tipo de resistencias, tanto de su pareja como de su entorno familiar.

Cuando aparece este deseo de permanecer más tiempo de lo estipulado en la casa, los otros no suelen recibirla con beneplácito. Este anhelo de “quedarse en la casa” rompe con la imagen de la mujer moderna y produce extrañamientos y malestares en los demás, especialmente, en la pareja. (...) Las mujeres de los sectores medios o altos tienen la posibilidad de desarrollarse profesionalmente o en ámbitos diferentes al de la esfera doméstica o afectiva, pero ello también puede funcionar como mandato (2007: 195- 202).

La vigencia de los antiguos imperativos sociales que subsumían la feminidad a la maternidad convive actualmente con el surgimiento de nuevos mandatos (muchas veces contradictorios), lo cual implica para las mujeres tanto continuidades como rupturas con las pautas culturales heredadas de sus propias madres y de sus familias de origen. A pesar de los muchos cambios sociales acontecidos, la herencia cultural que históricamente circunscribió la identidad femenina a su rol social como madre continúa operando a nivel de las representaciones respecto a la construcción social del modelo de mujer. Ser madre o no sigue siendo significado en tanto atributo o carencia, e incluso se manifiesta en el plano del lenguaje en términos de posesión: “tener o no tener”, esa es la cuestión.

Las mujeres son pensadas socialmente y se piensan a sí mismas en relación con la maternidad: el presupuesto social de las biografías femeninas sigue

estando íntimamente ligado a la descendencia. La singularidad de cada mujer, el despliegue de su identidad individual, se construye a la sombra de su potencia biológica, incluso aunque renuncie a ella. El marco simbólico en el cual se inscribe el par dicotómico “madre/no madre” forma parte de un contexto sociohistórico en el que se conforman las subjetividades de las mujeres, en el cual las categorías y representaciones asociadas a tener hijos operan como una fuerte marca identitaria. “Para convertirse en madre se precisa ser mujer, para actuar como una madre se precisa el cumplimiento de ciertos actos. Destino de mujer, imagen de un cerco, sobre cuyo encierro la voz de las futuras madres [y *no madres*]<sup>7</sup> construirán sus propios relatos” (Domínguez, 2007: 10).

Entre las mujeres entrevistadas se advierte un especial énfasis por resaltar que no están dispuestas a que la maternidad sea el único proyecto de sus vidas, pero al mismo tiempo suponen que su ideal de madre (que implica atención, afecto, enseñanzas y cuidados) puede demandarles no sólo tiempo sino también generar, en el plano íntimo de lo deseante, una desatención a sus otros intereses. Si una mujer profesional decide dedicarse exclusivamente a ser madre, especialmente en los sectores medios, su opción no será reconocida socialmente como en las generaciones anteriores ya que, en la actualidad, el mandato es doble, algo así como: “deberás dedicarte a tus hijos todo lo que ellos necesiten y demanden, pero sin convertirte por ello sólo en madre”. Si antes mencionábamos la fuerza que aún hoy conserva el modelo de “maternidad intensiva”, ésta también parece tener que convivir con otros proyectos, consagrando así un nuevo modelo, que incluye en sí mismo mandatos contradictorios. Las mujeres que experimenten el “deseo tradicional” de tener hijos y dedicarse exclusivamente a su crianza gracias a los aportes de un marido proveedor, también encuentran que dicho modelo ya no es social-

mente recompensado como solía serlo, ni resulta especialmente valorado. La “vocación de ama de casa” ya no goza del prestigio social de las anteriores generaciones. En este sentido, acercarse a las representaciones referidas a la maternidad vigentes entre las mujeres, permite acceder a un universo de acción simbólica en permanente negociación y disputa.

## Bibliografía

- ARIÈS, Philippe. “El descubrimiento de la infancia”, en *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus, 1987.
- y Georges DUBY (dir.). *Historia de la vida privada*. Tomos I a X. Taurus: Buenos Aires, 1991.
- BADINTER, Élisabeth, *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal, siglos xvii al xx*. Barcelona: Paidós, 1991.
- CAFASSI, Emilio. “Valor y reproducción de la fuerza de trabajo”, en *Actas XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. La Habana: ALAS, 1991.
- CHODOROW, Nancy. *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona: Gedisa, 1984.
- DE BEAUVIOR, Simone. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1977.
- DOMÍNGUEZ, Nora. *De dónde vienen los niños*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2007.
- DOWLING, Colette. *El complejo de Cenicienta. El miedo de las mujeres a la independencia*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1982.
- DUBY, Georges y Michelle PERROT. *Historia de las mujeres de Occidente*. Madrid: Taurus, 1993.

- ELÍAS, Norbert. *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- FIRESTONE, Shulamith. *The Dialectic of Sex*. London: Jonathan Cape, 1970.
- GARCÍA DE LEÓN, María Antonia. *Élites discriminadas (Sobre el poder de las mujeres)*. Barcelona: Anthropos, 1994.
- GILLIGAN, Carol. “In a Different Voice: Women’s Conceptions of Self and of Morality”, in *Harvard Educational Review*, 47 (4), 1977: 481-517.
- GUBER, Rosana. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma, 2001.
- *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- HARD, Michael y Antonio NEGRI. *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Buenos Aires: Debate, 2004.
- HARTMANN, Heidi. “El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo: hacia una unión más progresista”, en *Cuadernos del Sur*, núm. 6, Bs. As., marzo-mayo, 1987.
- KNIBIEHLER, Yvonne. *Historia de las madres y la maternidad en Occidente*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2001.
- LIPOVETSKY, Gilles. *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- MANCINI, Inés. “Madres modernas: entre mandatos y libertades”, en Mario MARGULIS y otros. *Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires. Investigaciones desde la dimensión cultural*. Buenos Aires: Biblos, 2007.
- MARGULIS, Mario y Marcelo URRESTI. “La juventud es más que una palabra”, en Mario Margulís (ed.). *La juventud es más que una palabra, ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos, 1996, pp. 13-30.

- RICH, Adrienne. *Of Woman Born*. New York: Bantam, 1977.
- RUBIN, Gayle. “El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo”, en *Revista Nueva Antropología*. México: UNAM, año/vol. VIII, núm. 30, noviembre, 1986.
- SOLÉ, Carlota y Sonia PARELLA. “Nuevas expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales exitosas”, en *Revista Española de Sociología*, núm. 4. Madrid: Federación Española de Sociología, 2004.
- VARELA, Nuria. *Feminismo para principiantes*. Barcelona: Ediciones B, 2005.